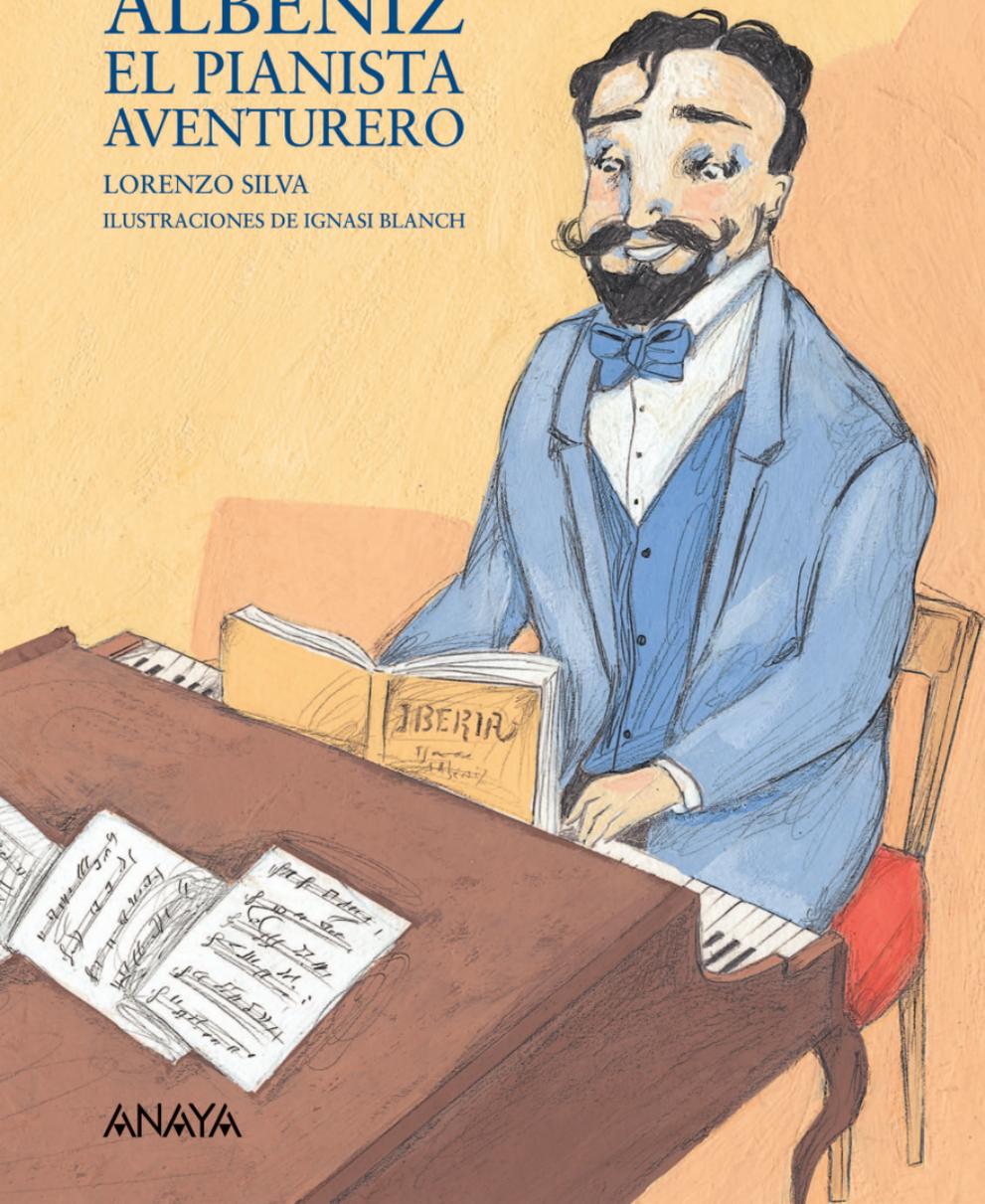


ALBÉNIZ EL PIANISTA AVENTURERO

LORENZO SILVA

ILUSTRACIONES DE IGNASI BLANCH



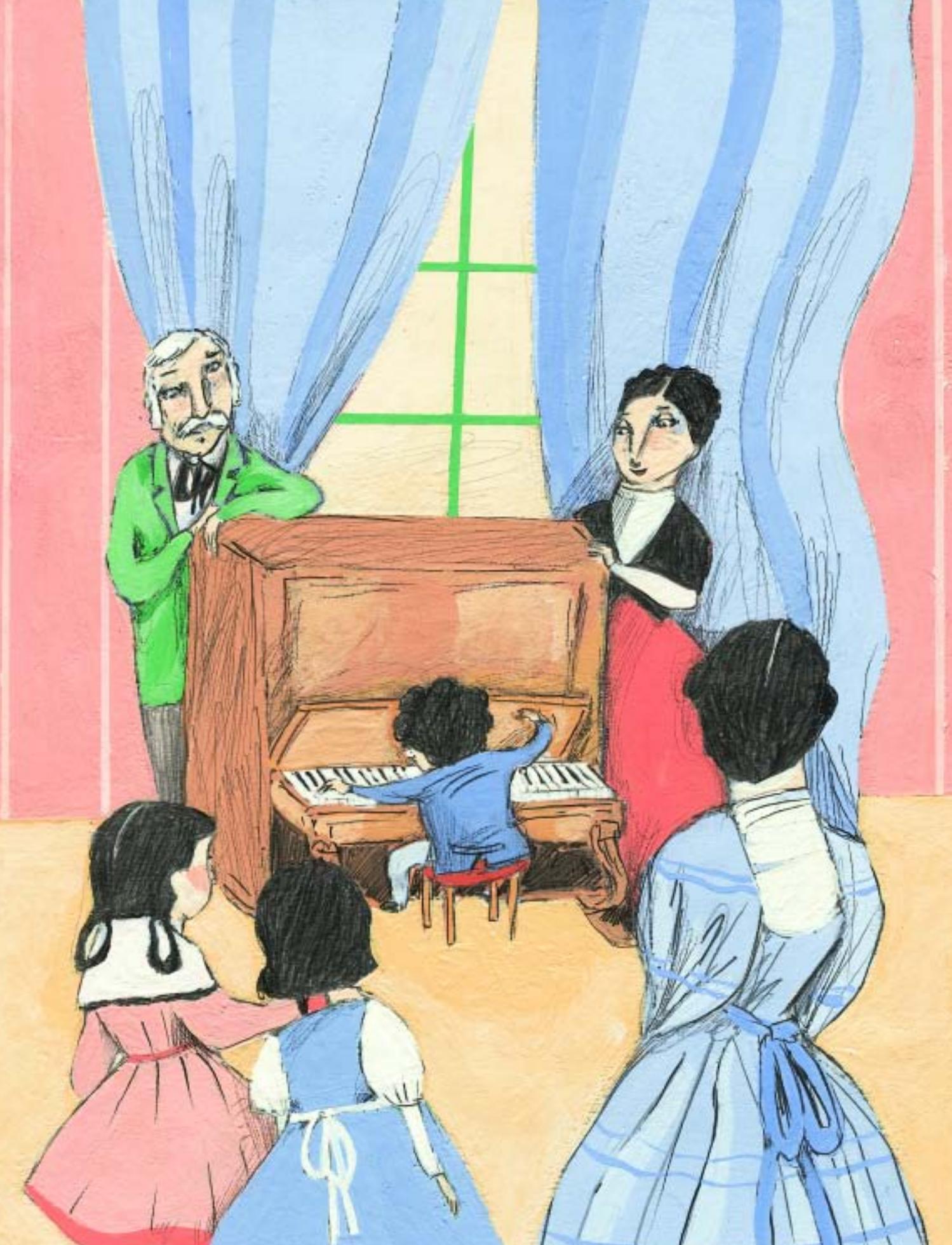
ANAYA

Presentación

Isaac Albéniz nació en 1860 en Camprodón, Girona. Por parte de padre procedía de familia vasca, y por parte de madre, de familia catalana. Fue un niño prodigio: con cuatro años, sin saber nada de música, tocaba el piano con una intuición asombrosa. Todos se quedaban fascinados al ver a alguien tan pequeño interpretar con semejante habilidad (porque además de niño, era flaco y bajito). Con el tiempo, Albéniz estudió y se convirtió en un gran compositor. Tanto, que su obra influyó en célebres músicos posteriores, como el francés Debussy o el español Manuel de Falla.

Gran parte de su vida la pasó en el extranjero. Sus estudios los hizo en Alemania y Bélgica, y después vivió en Inglaterra y Francia. Fue precisamente en Francia donde compuso su obra más conocida: la *suite* para piano *Iberia*, una serie de piezas para su instrumento favorito, tan difíciles de tocar que solo estaban al alcance de unos pocos pianistas. En *Iberia*, Albéniz reflejó como nadie el alma de su país, y en especial de Andalucía, la región donde había vivido una parte de su infancia. No deja de ser curioso que fuera él, un descendiente de vascos y catalanes que residía en París, quien acertara a apresar en su música la esencia de la tierra andaluza.

Estamos allí, en su casa parisina, en los primeros años del siglo XX. Isaac Albéniz, ya mayor y algo enfermo, está componiendo *Iberia*...



Un compositor enfadado

Esa tarde, Albéniz estaba sentado al piano tratando de tocar la última pieza que había compuesto para su *suite Iberia*. Era una pieza difícilísima, en la que tenía que hacer saltos y cruces de manos casi continuos. Al leer la partitura, la música sonaba clara en su cabeza, pero cuando trataba de arrancársela al piano, no terminaba de conseguirlo. Se equivocaba en tal o cual nota, o llegaba demasiado tarde a darla. Lo intentó dos, tres, cuatro veces. Pero nada, no había manera. Desesperado, el compositor se levantó y empezó a caminar arriba y abajo por la habitación. Se miraba las manos, unas manos pequeñas, pero en las que siempre había tenido una confianza ciega. Nunca, en más de cuarenta años, le habían fallado. Y ahora, sin embargo... ¿no sería que estaba intentando algo imposible?





El compositor durmió mal esa noche. Soñaba con la música que había compuesto y que era incapaz de tocar. En su sueño reescribía una y otra vez la partitura, tratando de dar con la manera de poder interpretarla. Pero cuando se sentaba al piano, todos sus esfuerzos eran inútiles.

Por más que se empeñaba, acababa cometiendo errores, y en un momento del sueño fue como si el piano se rebelara contra la música que pretendía sacarle. Al apretar las teclas no sonaban las notas, sino unos chirridos espantosos.

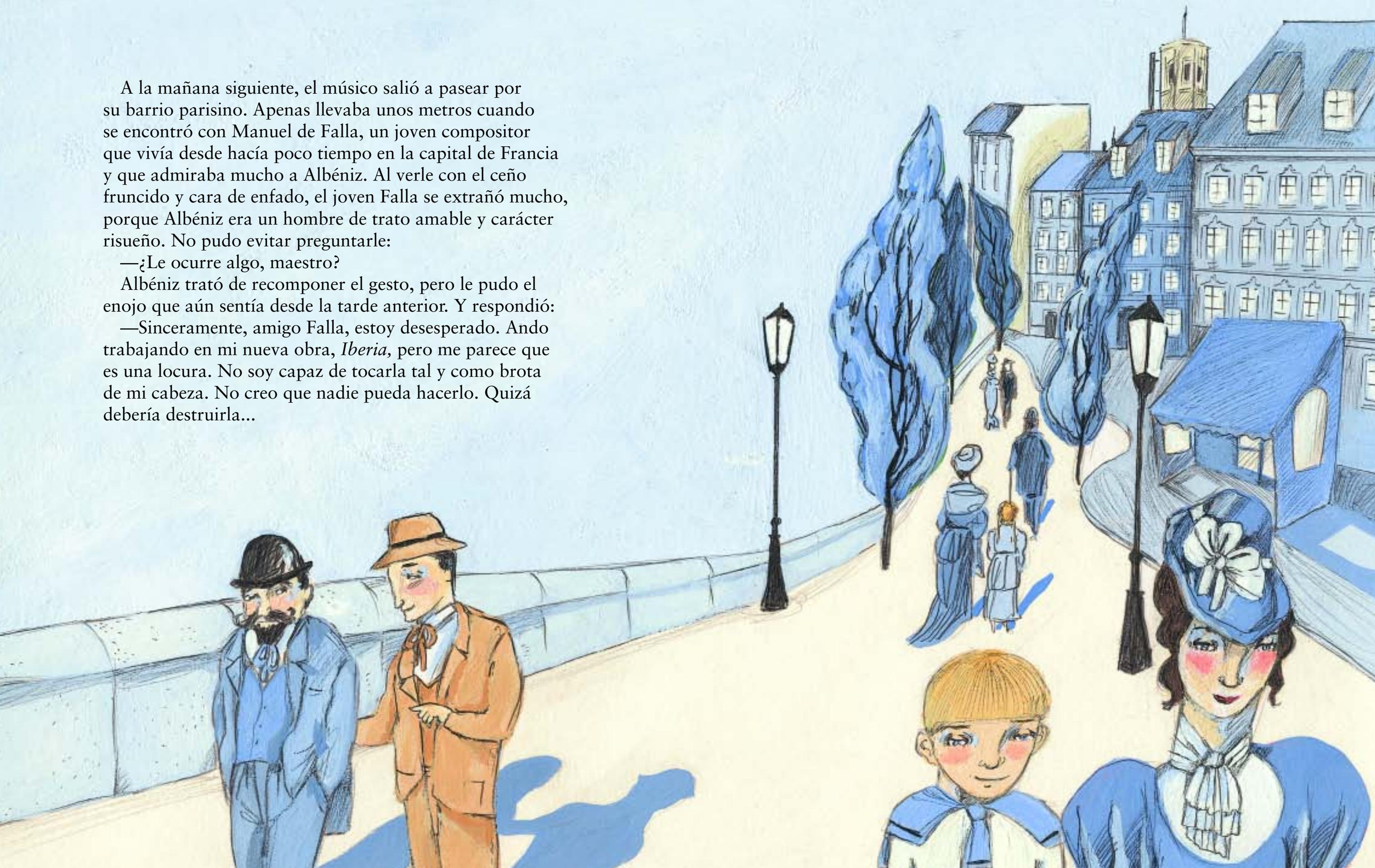
Albéniz se despertó sobresaltado...

A la mañana siguiente, el músico salió a pasear por su barrio parisino. Apenas llevaba unos metros cuando se encontró con Manuel de Falla, un joven compositor que vivía desde hacía poco tiempo en la capital de Francia y que admiraba mucho a Albéniz. Al verle con el ceño fruncido y cara de enfado, el joven Falla se extrañó mucho, porque Albéniz era un hombre de trato amable y carácter risueño. No pudo evitar preguntarle:

—¿Le ocurre algo, maestro?

Albéniz trató de recomponer el gesto, pero le pudo el enojo que aún sentía desde la tarde anterior. Y respondió:

—Sinceramente, amigo Falla, estoy desesperado. Ando trabajando en mi nueva obra, *Iberia*, pero me parece que es una locura. No soy capaz de tocarla tal y como brota de mi cabeza. No creo que nadie pueda hacerlo. Quizá debería destruirla...



Falla sacudió la cabeza.

—¿Cómo va a hacer eso, maestro? —dijo—. Siga componiendo, y ya verá como encuentra al pianista que pueda interpretarla.

Albéniz miró al joven músico con aire pensativo.

—Tiene usted razón —asintió—. A lo mejor lo que me pasa es que no quiero aceptar la realidad. No se trata de la música.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Falla.

—Que no es que la música sea imposible de tocar. Es que yo ya no soy el pianista que era. Ni mis dedos ni mis reflejos son los de antes. No lo había pensado hasta ahora. Supongo que no quería admitirlo. Pero de pronto lo veo claro, eso es...

Falla tomó a Albéniz del brazo.

—Venga, maestro, le invito a un café.

